

J. M. Quijano Wallis

**Tres discursos  
en los festejos  
del Centenario**

BOGOTÁ — 1910

IMPRESA DE  
«EL NUEVO TIEMPO»

Tres discursos  
en los festejos  
del Centenario

BOGOTÁ - 1910

## DEDICATORIA

Para los festejos del Centenario fui honrado por diversas comisiones.

La colonia de Popayán residente en esta capital me designó para colocar una corona de laurel ante el busto de don Camilo Torres.

El Gobierno del Departamento del Cauca me comisionó, en unión de dos distinguidos conterráneos, para representarlo el día de la Inauguración de la estatua del sabio Caldas.

La Junta Central de Bogotá y la Departamental de Cali me distinguieron para presenciar, en representación de ellas, la colocación de la primera piedra del monumento al General López.

Como homenaje á mis altos comitentes y por vía de información del desempeño de las comisiones, he reunido en estas hojas los discursos pronunciados ó leídos en los diversos actos públicos á que he hecho referencia.

Dedico esta pequeña publicación al Departamento del Cauca y, en su nombre, á su muy digno y distinguido Gobernador, doctor Alfredo Garcés.

Bogotá, Agosto 30 de 1910

J. M. Q. W.

## DEDICATORIA

# PALABRAS

PRONUNCIADAS EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL BUSTO DE CAMILO TORRES, EN NOMBRE DE LA COLONIA DE POPAYÁN

No pretendo hacer un discurso. Me concretaré á cumplir la comisión que hace pocas horas me ha confiado la Colonia payanense por conducto del señor Martínez y Mosquera, digno heredero de estos nombres.

En nombre de Popayán, la ciudad aristocrática, la segunda Metrópoli de la Colonia, la antigua Sultana del Sur, reclinada sobre las faldas del Puracé, arrullada por los raudales del Cauca, incensada por los cármenes de su coqueto valle y acariciada por las alas de su clima delicioso, «inventado por los poetas» según clásica expresión; en nombre de Popayán, cuna del gran Sabio, Honor del Continente; del segundo Presidente de Colombia la Magna y de siete Presidentes de la Nueva; en nombre de la ciudad martirizada por los Pacificadores, santificada por el Arzobispo Mosquera y por el Obispo Torres, y cantada por Arboleda; deposito esta corona al pie del busto que perpetuará materialmente por el bronce—como se halla perpetuada por la Historia en la memoria de los colombianos,—la effigie egregia de una de las dos primeras glorias de la ciudad ilustre.

La figura política de este hombre extraordinario se destaca en la historia de la primera Patria como la pirámide sobre la cumbre: el más alto en las alturas. Salazar lo considera como el mejor escritor político y el más eminente jurisculto de su época, digno de figurar al lado de D'Aguesseau y de Linguet. Caldas lo juzga como orador, á la altura de Cicerón y de Demóstenes. «No oyeron, dijo, el Areópago de Atenas ni el Senado romano una voz más elocuente que la de D. Camilo Torres en el Cabildo abierto de la noche del 20 de Julio de 1810.»

¡Elogio sublime del sabio al tribuno! La ciencia coronada por la Elocuencia, Arquimedes haciendo la apología de Demóstenes.

Por sus virtudes, Catón llamaron á Torres sus contemporáneos y fue el sobresaliente de los Magistrados de la naciente República.

Primero en la Magistratura, primero en la virtud y el patriotismo, primero en las letras, primero en el foro, primero en la tribuna, tuvo también la primacía en el martirio. Además de fusilado, fue ahorcado y despedazado. Esta preeminencia en la muerte, esta adición de la horca al fusilamiento, este puesto de honor en el cadalso es la mejor apotheosis de Camilo Torres, que hoy ratifica en el metal eterno el primer Centro social fundado en Bogotá, como homenaje al primer estadista de los fundadores de la Patria y la República.

## DISCURSO

LEÍDO AL PIE DE LA ESTATUA DE CALDAS (EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN) EN NOMBRE DEL DEPARTAMENTO DEL CAUCA

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Presidente del Polo Club, señoras y señores:

Con noble orgullo y regocijo patriótico, cumpla la comisión, tan honrosa cuanto indeclinable que, en compañía de los respetables caballeros don Juan B. Pombo y don Leopoldo Cajiao, me ha confiado el Gobierno del histórico Departamento del Cauca y su ilustre capital, cuna del Sabio, para asistir á esta imponente ceremonia y presentar vehemente acción de gracias al distinguido Centro Social que tan brillantemente contribuye á realzar el renombre de cultura que á Bogotá le ha discernido el Continente, por haber erigido una estatua al hombre extraordinario, quien por la alteza de su obra y la luz que irradiaba de su mentalidad insuperable, se confunde en el Cielo de nuestra primera historia con los astros, hasta los cuales se remontaba en alas de la ciencia, y cuyos secretos escudriñaba, talvez buscando entre ellos la Constelación protectora de su Patria.

Y al cumplir esta comisión, lleno también un deber de patriotismo atávico. Caldas nació en el solar de mis mayores. Su sangre generosa al circular por mis venas, recalienta y reanima mi espíritu abatido por el tiempo y los públicos infortunios. Los destellos de su nombre encienden lumbreras de aurora en la tarde de mi vida, porque la gloria, como el sol, lleva la luz á los más apartados rincones y el calor hasta los más imperceptibles seres.

No cabe en los estrechos límites de un discurso ni el índice siquiera de los vastos trabajos y de los conocimientos múltiples y universales que, co-

mo en inmensa batería eléctrica, acumuló, durante su corta existencia, el poderoso cerebro de Caldas.

La naturaleza en su marcha infinita al través de las edades, realiza por una serie de evoluciones misteriosas una labor lenta de selección para producir y presentar al resto de la humanidad, tipos de la especie humana, dotados de tan múltiples y al parecer antagónicos atributos, que asombran y extasían al historiador y al filósofo.

Entre estos hombres privilegiados registra principalmente la historia los nombres de Moisés, estadista, historiador, guerrero, poeta, moralista y legislador; Thales de Mileto, filósofo excelso y maestro en varias ciencias especulativas; Roger Bacón, tal vez el espíritu más esclarecido de la Edad Media, á quien se atribuye la invención de la pólvora; Miguel Angel, genio de las artes, pintor, arquitecto y escultor; Newton y Leibniz, eminentes sabios, matemáticos, físicos, astrónomos y filósofos, á quienes las ciencias de su predilección deben grandes descubrimientos; Pascal, genio de la adivinación y de la precocidad, filósofo ilustre, matemático y literato. En este elenco de suprema selección puede colocarse, sin hacer exótica figura, á nuestro Sabio, que se hombra en la historia, sin quedar una línea bajo del nivel de los otros, al lado de esos gigantes del Genio y del Saber. Caldas fue médico, físico, químico, matemático, geógrafo, geólogo, agrónomo, botánico, militar, ingeniero, juriconsulto, astrónomo insigne y prosador eximio; y en estos diversos y antagónicos campos de la actividad humana sobresalió por la profundidad y extensión de sus conocimientos, adquiridos sin maestros, sin libros, y solamente por las luces internas de su genio y por su intensa labor.

Fue, además, mecánico y artífice de los útiles que necesitaba para el desarrollo de sus labores científicas. Inventó el hipsómetro para la medición de las alturas. Fabricó un sextante, un pequeño telescopio y otros instrumentos y hasta un observatorio con piedras de molino en su casa solariega.

Y como el áureo marco de tan hermoso cuadro, como el hábito de gala del Genio y del Saber, Caldas abrigaba una alma, noble hasta el sacrificio, pura hasta la santidad y plena de todas las virtudes

ocultas del cristiano. Su existencia puede sintetizarse así: la virtud coronada por la sabiduría; la ciencia consagrada por la gloria; el patriotismo exaltado á la apoteosis por el martirio.

La Europa que lleva el Centro mundial de la civilización, ha escogido entre la numerosa pléyade de los fundadores de la Independencia de América, solamente á dos hombres para tributarles especial homenaje (al uno en París con el nombre de una calle y al otro en Berlín con el retrato en un Museo) á dos hombres que fueron el Libertador y el Sabio del Continente: á Bolívar, el genio de la Patria; á Caldas el genio de la ciencia.

Humbolt, el eminente sabio berlinés, amigo íntimo y admirador entusiasta de Caldas, dice en su viaje á la América ecuatorial: «Al recorrer las regiones semibárbaras de la América española creía no encontrar ni los elementos de una civilización incipiente, ni los vestigios de una civilización extinguida; pero hallé á un héroe y verdadero sabio; á Francisco José de Caldas.»

Imposible ha sido para el biógrafo perfilar en todos sus detalles la figura histórica de Caldas, porque como el Proteo de la fábula se presenta bajo todas las formas y en todos los campos del talento, de la acción y del saber. Cuando su corazón palpitaba por el amor á su hogar y el amor á su Patria, su brazo fabricaba pólvora y cañones para defender á Antioquia, y su cerebro descendía á las entrañas de la tierra en busca de los mejores productos de su seno fecundo, ó se remontaba al firmamento para sorprender los arcanos siderales. «Como el Embajador de Roma que llevaba en la diestra las promesas elementales de la paz y las amenazas terribles de la guerra en la siniestra.» Caldas con una mano lanzaba el fuego exterminador contra sus opresores, y con la otra derramaba para el mundo las luces de la ciencia.

Para que nada faltara á la gloria de Caldas, su nombre fue escrito en la historia con la roja tinta del martirio. Caldas fue el más puro holocausto, la más delicada víctima, sacrificada sobre los Altares de la Patria, como ofrenda propiciatoria, á la Diosa de nuestras libertades. La implacable cuchilla del Pacificador destrozó y sepultó en la fosa el vaso material que contenía ese espíritu privilegia-

do; pero no pudo aniquilar sus labores, ni sus enseñanzas, ni su ejemplo, ni su gloria, como no puede impedirse que el sol deje en la tierra el calor fecundante de sus rayos cuando se hunde en Occidente.

Oh! Madre España, Patria de nuestra Patria y generadora de nuestra raza, de nuestra religión y nuestra lengua; Señora absoluta en un tiempo de los dos Continentes; heroica triunfadora del romano, del moro y del francés; creadora del Derecho y propagadora de la civilización latina en ambos hemisferios; tú nos diste á Caldas porque sus padres, hijos tuyos, recibieron la chispa del genio que brota del cielo de fuego de Andalucía, las inspiraciones y enseñanzas de tus sabios y la grandeza de alma de tus héroes; pero tus malos hijos, los esbirros de tus tiranos, los mismos que sacrificaron á los buenos cuando en tu seno pidieron libertad, nos quitaron á Caldas y lo martirizaron y lo trajeron desde Popayán con grillos y esposas aherrrojado, como bestia feroz, sobre el lomo de una mula y lo hicieron empedrar, bajo el látigo de brutales capataces, las calles de esta ciudad, principal escenario de su saber y de su gloria, y por último lo fusilaron bárbaramente, y por la espalda, en un cadalso, á él, el maestro de todas las ciencias, el espejo de todas las virtudes, el cordero más blanco del rebaño, á él, el lustre de tu raza y la gloria de ambos mundos. ¡España! no sería suficiente todo el raudal de las lágrimas de sus descendientes para borrar en tus blasones esa mancha de sangre que los afea y los afrenta. Madre España: grande, muy grande, es el amor que, como hijos agradecidos, te profesamos, cuando hemos podido para reconciliarnos contigo evaporar esa sangre y demoler ese cadalso, que formaban entre tí y nosotros una barrera de divorcio más grande é infranqueable que la mole inmensa del océano de Atlante.

Pero con este olvido sublime no hacemos otra cosa que obedecer las inspiraciones generosas del Sabio, porque es fama que en el prolongado alarido que exhaló al tiempo de morir, según las crónicas, quiso expresar en simbólico lenguaje, ya de ultratumba, un adiós á la ciencia, un himno á la libertad de su patria y el perdón para sus sacrificadores.

## DISCURSO

LEÍDO EL DÍA EN QUE SE PUSO LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO EN HONOR DEL GENERAL JOSÉ H. LÓPEZ, POR EL COMISIONADO DE LA JUNTA CENTRAL DE BOGOTÁ Y DEL DEPARTAMENTO DE CALI

Excelentísimo señor Presidente, señoras y señores:

En el año de sangre de 1816, Liborio Mejía, el último abanderado de la República, estrelló los restos del Ejército Libertador en la Cuchilla del Tambo, como un acto de inmolación sobre la tumba de la Patria muerta.

No pudiendo don Juan Sámano, como no pudo el tirano de Roma, cortar de un solo tajo todas las cabezas de los numerosos prisioneros, resolvió quitarlos. La segunda boleta de muerte, extraída de la urna fatal, correspondió á un adolescente de 17 años, miembro distinguido del patriótico payanés.

La tierna víctima, en vez de aterrarse por la cruel designación de la suerte, sacó de sus bolsillos picadura de tabaco é hizo con el boleto de muerte un cigarrillo que llevó á su boca con la misma serenidad con que el día anterior presentó su pecho á las balas enemigas, imitando así inconscientemente á los antiguos griegos que ungián sus labios con la miel de Himeto antes de beber la cicuta mortal.

En marcha para el patíbulo el joven héroe, al pasar por delante de una puerfía, vio con ansiosas miradas una canasta de aromáticos panes recientemente retirados de los hornos. Detúvose un instante con permiso del jefe de la escolta y dijo á la ventera las palabras textuales siguientes, que la historia debería grabar con buril de oro en el más blanco de sus mármoles: *No me han dejado tomar chocolate esta mañana y me llevan á fusilar: tengo*

*hambre. Regáleme un pan. No puedo comprarlo porque me han quitado hasta el último cuartillo. La Patria se lo pagará, ya que voy á morir por ella.* Conmovida, la mujer se apresuró á darle el tan deseado pan, escogiendo la forma circular por ser la más grande, y la que en Popayán se llama rosca ó guirnalda.

Provisto de su pan y su cigarro, ese niño sublime siguió para el cadalso, alegre y cantando como el gironcino cuando marchaba hacia la guillotina, y llevando muy alta la cabeza coronada por las frescas azucenas de la adolescencia y por los laureos de su precoz heroísmo. Sus rizos flotantes recordaban las cintillas simbólicas con que adornaban sus víctimas escogidas, para llevarlas al altar, los sacrificadores de la antigüedad.

El héroe adolescente, salvado del cadalso por haber llegado el mismo día de la ejecución el indulto de don Toribio Montes, fue más tarde el famoso General José Hilario López y el ilustre Presidente de la República en 1849.

Como primer Magistrado, llevó á cabo la más trascendental revolución pacífica que registra nuestra historia política. En su índice glorioso sobresalen las instituciones siguientes:

- 1.º Consagración de las garantías individuales con toda la amplitud de la proclamación de los derechos del hombre por la Asamblea francesa;
- 2.º Abolición de los estancos, de las cuarentenas y de los monopolios;
- 3.º Abolición de la pena de muerte por delitos políticos.
- 4.º Juicio por jurados;
- 5.º Libertad de industria;
- 6.º Libertad de conciencia;
- 7.º Libertad de enseñanza;
- 8.º Libertad de comercio y de navegación;
- 9.º Absoluta libertad de imprenta;
- 10.º Libertad de esclavos;

De esta manera el héroe niño de 1816. exaltado desde el cadalso al solio Presidencial de la Nación, vino á ser el segundo libertador de la República y talvez el primero para su desarrollo práctico. La rosca de pan que recibió en la pulpería de su ciudad natal, es el mejor símbolo de la corona con que la gloria ha ceñido la frente del héroe y el billete de

muerte la hoja sobre la cual fue escrito el decálogo de nuestras libertades.

Los hechos que relato parecen legendarios, pero son históricos, absolutamente auténticos. Varias veces me los repitió mi noble abuela, la hermana predilecta de Caldas. Ésos hechos son la más elocuente justificación de la piedra que consagramos hoy como base del monumento que la Patria agradecida levantará al héroe de 1816, uno de los fundadores, por su valor, de nuestra Independencia, y al Magistrado ilustre de 1849, fundador, por su saber y su energía, de la Democracia colombiana.